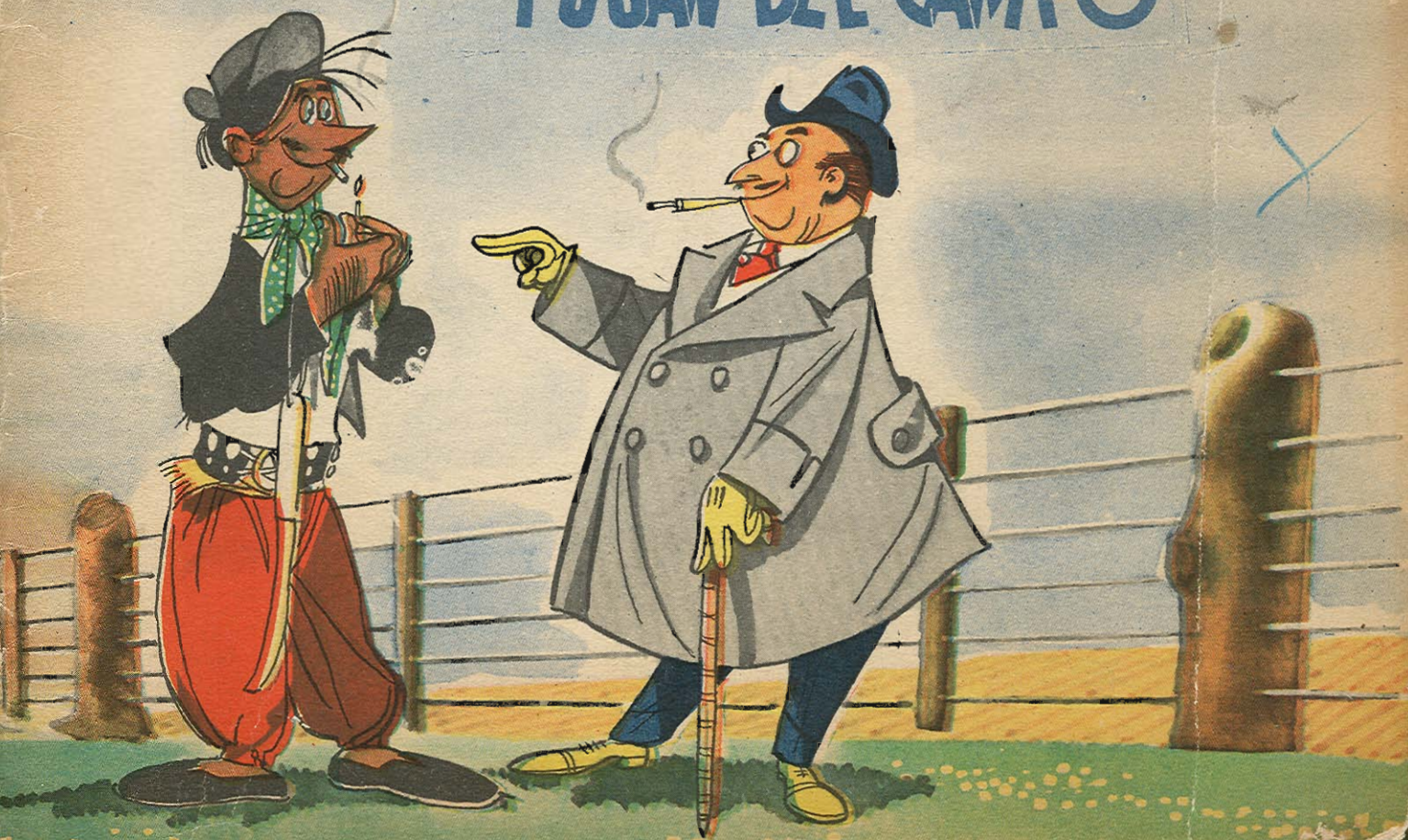


A
329.182
P371

PEDRITO CONTRERAS Y JUAN DEL CAMPO



A
329
P311

INSTITUTO T. DI TELLA
BIBLIOTECA DE CIENCIAS SOCIALES

27735

PEDRITO CONTRERAS Y JUAN DEL CAMPO





Pedrito Contreras. — ¿De manera que el gobierno vuelve al campo?

Juan del Campo. — ¿Vuelve?... ¿Dice usted que se *construye* un edificio, cuando recién se instala la gente?... El gobierno ya estaba en el campo preparando el terreno, echando los cimientos.

—¿Los cimientos?...

—Al chacarero no necesitaban ponerle la pistola en el pecho para sacarle el cereal... Le escamoteaban el fruto de su trabajo con préstamos

usurarios, en la compra, en el transporte, en el seguro, con el cuento del mercado mundial y otras lindezas por el estilo.

—Sí... sí... pero ¿de qué cimientos me habla?

—De la nacionalización del Banco Central, de la Ley de Arrendamientos y Aparcerías Rurales, del Estatuto del Peón... Cuando el Banco Central pasó a ser argentino de veras, Perón pudo comprar los ferrocarriles, los vagones y los camiones que necesitaba el agro. Acriólló los puertos, los elevadores, los seguros para





proteger el trabajo del campo. Hizo una flota mercante para que jamás nos vuelvan a decir: "O nos venden a este precio, o les dejamos pudrir el maíz"... Y, principalmente, para oponer al pulpo mundial que constituía un comprador único, *el vendedor único argentino*: el I.A.P.I.

—¡Bah!... ¡El I.A.P.I.!... El I.A.P.I. siempre vendió con diferencia a su favor y esa diferencia nunca la vió el campo.

—¿Ah, sí? El I.A.P.I. utilizó esa diferencia en tres cosas: en adquirir los ferrocarriles y demás llaves básicas de la independencia agraria; en subvencionar el consumo interno, para que la población tuviera pan barato y en formar un fondo de defensa, para usarlo en las malas épocas en favor de los productores.

—Antes le daban de todo al chacarero.

—Sí; todo consistía en 6,75 por quintal de trigo. Este gobierno, en cambio, pagó 15, 17, 20, 23 y 23,50. Y en la campaña que viene pagará 28 pesos.

—También... ¡con lo que han subido los costos!...

—¡No tanto!... Sepa que los arrendamientos que se pagan en efectivo están congelados y

los que se pagan en especie tienen una rebaja obligatoria del 36 %

—La mano de...

—Permítame... Además, los envases textiles los proporciona el Estado, impidiendo el mercado negro. El dinero que antes tenía un interés de usura, el chacarero lo obtiene ahora en el Banco de la Nación Argentina en condiciones liberales, para todas sus operaciones de producción.

—Pero la mano de obra se ha ido a las nubes...

—¡Como para que no se vaya a las nubes!... ¿No sabe que este país es el cielo mismo para el que quiere trabajar?

—Sí, mucho cielo, pero...

—Mire, se lo digo con orgullo de argentino: nuestros chacareros ya están empezando a comprender que es muy hermoso ganarse la platita sin remordimientos, sabiendo que no lo hacen a costa del hambre de ninguno de sus colaboradores.

—Todo está muy lindo, pero ¿qué platita le queda al pobre chacarero?

—¿Pobre chacarero?... ¡No tan pobre!... A fines del año pasado los hombres de campo tenían depositados en Caja de Ahorros casi 1.475 millones de pesos.





—Sin embargo, el campo argentino se despuebla...

—Se trata de un fenómeno mundial, que se hubiera agravado mucho más en nuestro país si no hubiese sido por Perón. Las medidas tomadas oportunamente por el gobierno surtieron su efecto. Se subdivide la tierra, se maquiniza el agro, se humanizan sus tareas, se dictan leyes de protección social...

—¡Pero el agricultor se retrae!...

—¡Si Perón mismo recomienda que se siembre más trigo, maíz y lino!

—¡No se retrae! Los siete millones de hectáreas de merma son aparentes. Porque, en cambio, se las destinó a incrementar oleaginosas en un mi-

llón de hectáreas, forrajeras en dos millones y medio y campos de pastoreo en tres millones y medio. No olvide, además, que la actividad agropecuaria registra un aumento de ocho millones de cabezas de ganado.

—Sí; todo está muy lindo, pero no se puede pretender aumento de producción con intervencionismo estatal. Eso lo han conseguido únicamente los países en que las actividades se rigen por el libre juego de la oferta y la demanda.

—El jueguito del libre juego es hacer creer ciertas cosas a los desprevenidos, porque sólo tres países aumentaron su producción agraria últimamente. Estados Unidos, mediante el aliciente de un precio mínimo

asegurado y una colocación obligada, como consecuencia del Plan Marshall; Francia, donde se lo consiguió merced al decreto que obligaba a los agricultores a sembrar un mínimo determinado de trigo y de centeno. En cuanto a Rusia, está de más aclarar que el libre juego de la oferta y la demanda, es lo que se llama un juego prohibido.

—¿Y aquí qué hace el Estado?

—Colabora y pone el hombro. Paga mayor precio por la cosecha y la adquiere en su totalidad; da crédito a bajísimo interés, facilita semilla y protege al agricultor contra todo riesgo. Y ha hecho el más grande esfuerzo para mecanizar las tareas del agro.





—¡Palabras!... ¡La Argentina no tiene dólares!

—¡Si nadie los tiene!... Y la mayoría los deben, por miles de millones!

—Entonces, no habrá maquinarias.

—Las habrá. Y con ello tendremos la prueba de que Perón es el que más se ha esforzado por el campo argentino. Cuando aquí sobraban dólares, y otras monedas se podían convertir a dólares, nuestras compras de maquinaria agrícola jamás llegaron al 5 % de la posibilidad argentina en esta moneda. Hoy, en plena esca-

sez, el gobierno emplea casi el 40 % de sus dólares en importar máquinas para el campo.

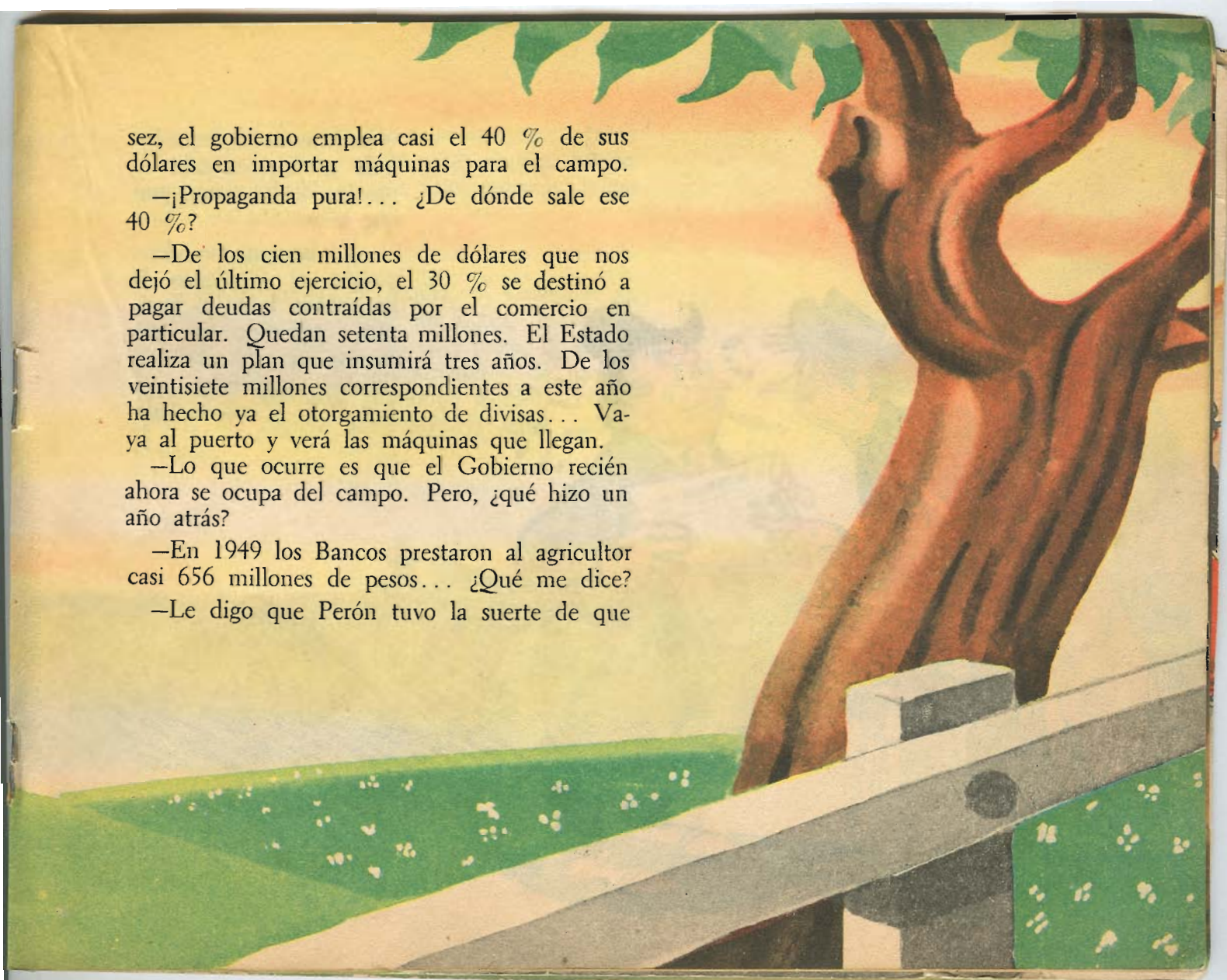
—¡Propaganda pura!... ¿De dónde sale ese 40 %?

—De los cien millones de dólares que nos dejó el último ejercicio, el 30 % se destinó a pagar deudas contraídas por el comercio en particular. Quedan setenta millones. El Estado realiza un plan que insumirá tres años. De los veintisiete millones correspondientes a este año ha hecho ya el otorgamiento de divisas... Vaya al puerto y verá las máquinas que llegan.

—Lo que ocurre es que el Gobierno recién ahora se ocupa del campo. Pero, ¿qué hizo un año atrás?

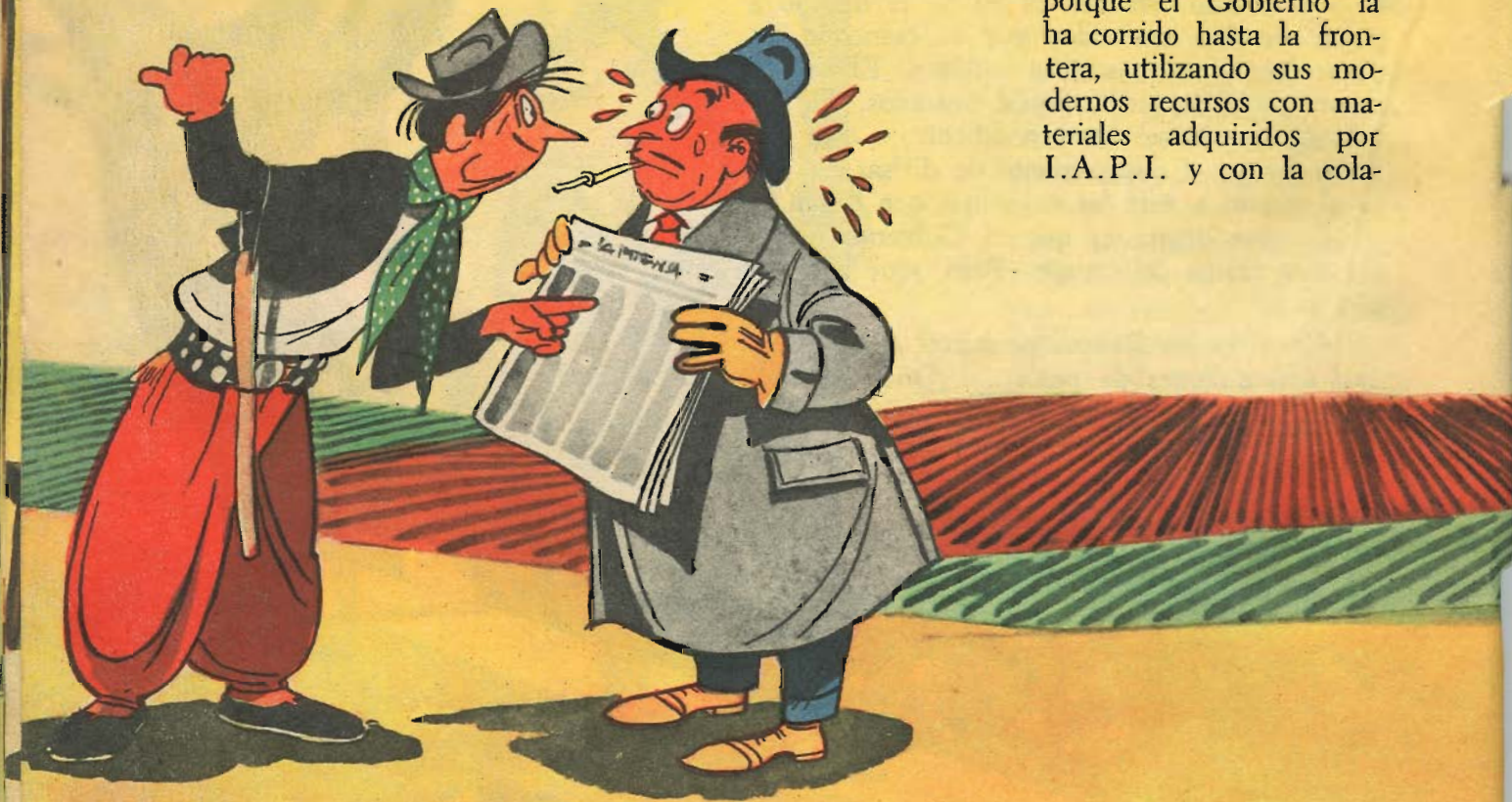
—En 1949 los Bancos prestaron al agricultor casi 656 millones de pesos... ¿Qué me dice?

—Le digo que Perón tuvo la suerte de que



últimamente no haya habido grandes sequías ni mangas de langostas, porque si no...

—La langosta no viene porque el Gobierno la ha corrido hasta la frontera, utilizando sus modernos recursos con materiales adquiridos por I.A.P.I. y con la cola-



boración del Ejército a fin de mantenerla fuera del territorio. En cuanto a las sequías, no ha habido, en efecto, porque Dios, además de ser criollo, es peronista.

—¡Epa!...

—Pero si viniera la sequía, el Gobierno ya se encargaría de rebajar los fletes, de vender las semillas a precios aun más bajos, de demorar el cobro de las obligaciones y de otorgar préstamos especiales, como ya lo hizo. No se lavaría las manos como ocurría antes, pierda cuidado.





—Sí, pero antes...

—Déjeme seguir... Y además de todo eso está Eva Perón, siempre presente cuando se necesita una ayuda. La Fundación que preside no ha abandonado jamás al que pasa por un mal momento.

—Pese a lo que me dice, la prensa no habla de este asunto en tono alentador.

—Cierta prensa, sí. Pero esa prensa a la que usted alude está muy

atrasada en la comprensión de nuestros problemas. Además, les oculta sistemáticamente a sus lectores la verdad.

—¿Qué verdad?

—Que en 1951 tendremos 117 elevadores de granos. Que funcionará el gigantesco elevador de Puerto Nuevo, con capacidad para 152.000 toneladas. Que la reforestación nacional protegerá en el futuro los suelos incultivables por la erosión. Que contaremos con numerosas escuelas





rurales. Con 418 delegaciones de agronomía y 232 veterinarias regionales. Que la producción y distribución de las semillas seleccionadas, que antes apenas llegaba a 350.000 bolsas, sobrepasará el año que viene los dos millones. Que está en ejecución un plan de obras de riego para poner en condiciones para la agricultura a cuatrocientas mil hectáreas, liberadas de la garrapata a raíz de la persistente acción oficial...

—Está bien, pero el problema de la tierra...

—No hay problema cuando la tierra es de quien la trabaja.

—Pero antes también se hacía eso. ¿No es verdad?

—Sí; pero con la diferencia de que la tierra iba a parar a manos de grandes consorcios para su explotación.

—Reconozca, por lo menos, que la colonización no la inventó Perón.

—¡Claro que no la inventó!... Cuando se hizo cargo del gobierno



se habían entregado a los colonos cincuenta y tres mil hectáreas.

—¿Y le parece poco?... Es una cantidad respetable.

—¡Macanudo, que le parezcan muchas!... Porque el Banco de la Nación Argentina ya entregó más de cuatrocientas mil hectáreas. Sume las doscientas mil entregadas por la Provincia de Buenos Aires, el plan ya en ejecución de entregar un millón de hectáreas de tierras fiscales, y agregue todas las familias campesinas afincadas por la división de la



tierra a que obligan los impuestos
progresivos al latifundio...

—¿Algo más?

—¡Otra de yapa, por si le gusta!
El plan del Banco de la Nación Ar-
gentina es el de entregar para 1951
un par de millones de hectáreas más.

¿Qué opina ahora?

—Yo lo sabía todo... menos...
menos que...

—¡Menos que PERON CUMPLE,
amigo! ¡Sépalolo!



|| biblioteca Di Tella



80781890